
Entrada libre

Planfleto de panfletos*

Paul-Louis Courier

Tomado de Paul-Louis Courier, *Oeuvres. Pamphlets et Lettres politiques*, París, Alphonse Lemerre, 1880, pp. 384-403. Traducción de Araceli Rodríguez Tomp.

Mientras me interrogaban en la jefatura de policía sobre mis apellidos, nombres, señas particulares, como habrán podido ustedes ver en las gacetas del día, una persona que ahí se encontraba sin oficio alguno en apariencia, se acercó a mí con familiaridad y me preguntó en corto si no era yo autor de ciertos folletos, ante lo cual me defendí con vehemencia. —Ah, señor! —me dijo—, es usted un gran genio, es inimitable. Esa declaración, amigos míos, me recordó un suceso histórico poco conocido que quiero contarles en forma de episodio, digresión o paréntesis, como ustedes digan; me da igual.

En una ocasión estaba comiendo en casa de mi camarada Duroc,¹ alojado en ese tiempo, pero desde hacía poco, señalo, en una vieja casa muy fea, según yo; entre patio y jardín, donde ocupaba el piso bajo. Éramos varios a la mesa, felices, con la conciencia tranquila, cuando de pronto llegó, y sin previo aviso, nuestro camarada Bonaparte, nuevo propietario de la vieja casa,² quien vivía en los altos. Venía como vecino, y tal sencillez nos tomó a tal punto por sorpresa que ninguno de los comensales atinó qué hacer. Nos pusimos de pie y cada uno preguntó: “¿Qué hay?” El héroe nos pidió que nos sentáramos. No era de esos camaradas a los que se les puede decir: “Siéntate ahí y come con nosotros.” Hubiera estado bien antes de la adquisición de la vieja casa. De pie, mirándonos sin saber qué decir, iba y venía.

—¿Eso que comen son alcachofas?

—Sí, general.

—Usted, Rapp, ¿las come con aceite?

—Sí, general.

—¿Y usted, Savary,³ ¿con salsa? Yo las como con sal.

—¡Ah, general! —responde el que se llamaba Savary—, usted es un gran hombre, inimitable.

He aquí un episodio de historia que les cuento para hacerles ver que una vez me llamaron Bonaparte, y por los mismos motivos. No sin

Era pues un panfletista según mi propio juicio, y viendo el terror que tal nombre inspiraba a toda la audiencia, me quedé confundido.

razón se alababa al cónsul; y cuando ese buen señor, con sus dulces palabras, se puso a elogiarme tan sin medida que estuve a punto de perder la compostura, llamándome hombre sin igual, incomparable, inimitable, tenía su propósito, como me dijeron después personas que lo conocían, y quería de mí algo, pensando en alabarme en mi detrimento. No sé si lo logró. Después de varios discursos, varias preguntas a las que respondí lo menos mal que pude, me dijo al alejarme: —Señor, señor, escuche, créame; emplee su gran genio para hacer otra cosa en vez de panfletos.

Reflexioné sobre eso y me acuerdo que antes que él, el señor de Broë, hombre elocuente, celoso de la moral pública, me aconsejó lo mismo, en términos menos lisonjeros, ante el Tribunal. Panfletista vil... Fue un movimiento oratorio de los más bellos cuando, volviéndose a mí, que a fe de campesino no pensaba en otra cosa, me apostrofó de esta manera: —Panfletista vil, etcétera. Un rayo, no: un mazazo, en vista del estilo del orador, con el que me abrumó sin remedio. Esa palabra con la que levantó en mi contra a los jueces, a los testigos, al jurado, a la asamblea —mi propio abogado pareció estremecerse—, esa palabra lo decidió todo. En ese instante fui condenado en la mente de esas personas, a la hora en la que me llamó panfletista el hombre del rey, a lo cual no supe qué responder, y puesto que en mi alma me parecía haber hecho eso que llaman un panfleto, nunca me hubiera atrevido a negarlo. Era pues un panfletista según mi propio juicio, y viendo el terror que tal nombre inspiraba a toda la audiencia, me quedé confundido.

Al salir de ahí, me encontré en la escalera principal al señor Arthus Bertrand, librero, uno de los miembros de mi jurado, quien se iba a cenar habiéndome declarado culpable. Le hice una seña y aceptó que fuera con él porque es la mejor persona del mundo, y durante el camino le pedí que me dijera lo que le parecía reprehensible en el condenado *Simple discurso*.

—No lo he leído —me dijo—, pero es un panfleto. Eso me basta.

Entonces le pregunté lo que era un panfleto y el sentido de esa palabra que, sin ser nueva para mí, necesitaba una explicación.

—Es —respondió— un escrito de pocas páginas como el suyo, de una o dos hojas únicamente.

—De tres hojas —añadí—, ¿sería panfleto?

—Puede ser —me dijo— en la acepción común; pero hablando con propiedad, el panfleto no tiene más que una hoja; dos o más hacen un folleto.

—¿Y diez hojas? ¿Quince hojas? ¿Veinte hojas?

—Hacen un volumen —dijo—, una obra.

Yo dije entonces:

—Señor, confío en usted que debe saber esas cosas. Pero por desgracia, me temo que en efecto he hecho un panfleto, como dice el fiscal del rey. Por su honor y por su conciencia, puesto que es usted jurado, señor Arthus Bertrand, mi escrito de una hoja y media ¿es un panfleto o un folleto?

—Panfleto —me dijo—, panfleto sin ninguna dificultad.

—¿Soy entonces un panfletista?

—No se lo hubiera yo dicho por consideración, deferencia, compasión por la desgracia, pero es la verdad. Por lo demás —añadió— si

se arrepiente, Dios lo perdonará (¡tan grande es Su misericordia!) en la otra vida. Ande, mi buen señor, y no peque más; vaya a Santa Pelagia.

He aquí cómo me consolaba:

—Señor —le dije—, por favor, una pregunta más.

—Dos —me dijo— y todas las que guste, hasta las cuatro y media que me parece ya van a dar.

—Bien, mi pregunta es ésta: si en lugar de ese panfleto sobre la suscripción de Chambord hubiera hecho un volumen, una obra, ¿lo habría usted condenado?

—Según.

—Entiendo. Lo habría leído primero para ver si era condenable.

—Sí, lo habría examinado.

—Pero el panfleto ¿no lo lee?

—No, porque el panfleto no podría ser bueno. Quien dice panfleto, dice un escrito lleno de veneno.

—¿De veneno?

—Sí, señor, y además: detestable, sin lo cual no se leería.

—¿Si no tuviera veneno?

—No, la gente es así: le gusta el veneno en todo lo que se imprime. Su panfleto que acabamos de condenar, por ejemplo, no lo conozco, no sé en verdad, ni quiero saber lo que es, pero alguien lo lee: hay veneno. El señor fiscal del rey nos lo dijo y yo no lo dudé. Es el veneno, ya lo ve, lo que persigue la justicia en esa clase de escritos. Porque por lo demás la prensa es libre, que publique todo lo que quiera, pero no veneno. Por más que digan, no los dejaremos distribuir el veneno, señores. No podemos, como buena policía, y el gobierno está ahí para impedirselo.

¡Dios!, dije para mis adentros, ¡Dios, líbranos del astuto y del lenguaje figurados! Los médicos pensaron matarme, queriendo *refrescar* la sangre; éste me encarcela por temor de que escriba *veneno*; otros dejan *descansar* sus campos y a nosotros nos falta trigo en el mercado. Jesús, mi Salvador, líbranos de la metáfora.

Después de esta breve plegaria mental repliqué:

—En efecto, señor, el veneno no vale absolutamente nada, y hacen muy bien en detener su flujo. Pero me sorprende por qué a la gente, según lo que usted dice, le gusta tanto. Es sin duda porque con ese veneno hay en los panfletos algo...

—Sí, tonterías, juegos de palabras, chistes malos. ¿Qué quiere usted, mi querido señor, qué quiere poner con buen sentido en una hoja miserable? ¿Qué ideas se pueden desarrollar en ella? En las obras razonadas, es apenas en el sexto volumen que se entrevé a dónde quiere llegar el autor.

—Es cierto —dije— una hoja no podría contener gran cosa.

—Nada que valga —me dijo—, yo no leo ninguna.

—Entonces, ¿no lee usted los mandamientos de monseñor el obispo de Troyes para la cuaresma y el adviento?

—¡Ah! Eso ciertamente es muy distinto.

—¿Ni las pastorelas de Toulouse sobre la supremacía papal?

—¡Ah! Eso es otra cosa.

—Entonces, en su opinión, a veces un folleto, una simple hoja...

—¡Vaya! No me hable de eso, oprobio de la literatura, vergüenza

Su panfleto que acabamos de condenar, por ejemplo, no lo conozco, no sé en verdad, ni quiero saber lo que es, pero alguien lo lee: hay veneno. El señor fiscal del rey nos lo dijo y yo no lo dudé. Es el veneno, ya lo ve, lo que persigue la justicia en esa clase de escritos. Porque por lo demás la prensa es libre, que publique todo lo que quiera, pero no veneno.



Hallarán ustedes a muchos otros como ellos, y de la mejor compañía, que engañan a un amigo, seducen a su hija o a su esposa, prestan a la suya para obtener una plaza honorable, mienten a todo aquel que venga, traicionan, les falta fe, y que tendrían por un gran deshonor haber dicho la verdad en un escrito de quince o dieciséis páginas. Porque todo el mal está en ese poco.

del siglo, que pueda haber autores, impresores y lectores de semejantes impertinencias.

—Señor —le dije—, las *Cartas provincianas* de Pascal...

—¡Oh! Un libro admirable, maravilloso, ¡la obra maestra de nuestra lengua!

—Pues bien, esa maravillosa obra maestra, está hecha sin embargo de panfletos, hojas que se publicaron...

—No —mire—, tengo sobre eso mis principios, mis ideas. Así como honro las grandes obras hechas para durar y vivir en la posteridad, desprecio y detesto esos pequeños escritos efímeros, esos papeles que van de mano en mano y hablan a la gente de ahora de las cosas de hoy. No puedo soportar los panfletos.

—¿Y le gustan las *Provincianas*, las “pequeñas cartas”, como se les llamaba entonces, cuando iban de mano en mano?

—Cierto —continuó sin oírme— es una de mis sorpresas, que usted, señor, al parecer, es un hombre de buena cuna, bien educado, hecho para ser alguien en el mundo, porque, en fin, ¿qué le impediría llegar a barón como a cualquier otra persona? Honorablemente empleado en la policía, las aduanas, como carcelero o gendarme, tendría usted un rango, haría buen papel. No, no lo puedo creer, ¡una persona como usted envilecerse, rebajarse a hacer panfletos! ¿No le da vergüenza?

—Blaise —le respondía—, Blaise Pascal no fue ni carcelero ni gendarme ni empleado del señor Franchet.⁴

—¡Ssh! ¡Silencio! Hable más bajo, porque nos puede oír.

—¿Quién? ¿El abad Franchet? ¿Acaso está tan cerca de nosotros?

—Señor, está en todos lados. Ya son las cuatro y media. Su humilde servidor.

—Yo el suyo.

Me dejó y se fue corriendo.

Esto, mis queridos amigos, merece consideración; tres personas tan honestas: el señor Arthus Bertrand, ese señor de la policía y el señor de Broë, personajes eminentes en ciencia, en dignidad, tres hombres de bien enemigos de los panfletos. Hallarán ustedes a muchos otros como ellos, y de la mejor compañía, que engañan a un amigo, seducen a su hija o a su esposa, prestan a la suya para obtener una plaza honorable, mienten a todo aquel que venga, traicionan, les falta fe, y que tendrían por un gran deshonor haber dicho la verdad en un escrito de quince o dieciséis páginas. Porque todo el mal está en ese poco. Dieciséis páginas y es usted panfletista, y que Santa Pelagia lo proteja. Haga seiscientas y será presentado al rey. Cuando en 1815 el alcalde de nuestra comuna, el mismo que está actualmente, mandó a sus gendarmes a tomarnos por asalto en la noche y arrastrar de la cama a la prisión a pobre gente que no podía sino estar con la revolución, cuyas mujeres e hijos perecieron, la materia era lo bastante amplia para llenar volúmenes, y yo no pude sacar más que una hoja, tanto me faltó la elocuencia. Además empecé al revés. En lugar de negar mi nombre, y de decir primero cómo hice *Mis buenos señores, soy turonense*, si hubiera empezado: “Cristianos, después de los atentados inauditos de una infernal revolución...” En el gusto del abad de Lamennais, una vez elevado a ese tono, me habría sido fácil continuar y llegar al final de mi volumen sin enojar al fiscal del

rey. Pero hice dieciséis páginas con un estilo más o menos como les hablo, y me volví panfletista insigne; y desde entonces, acostumbrado al hecho, cuando vino la suscripción de Chambord, sabiamente no había que decir nada, no era materia a tratar en una hoja ni en cien; no había ahí para hacer ni un panfleto ni un folleto ni un volumen, puesto que era impropio añadir a las adulaciones y peligroso contradecirlas, tal como pude probarlo. Por haber querido decir mi opinión sobre eso en pocas palabras, sin ambages ni circunlocuciones, panfletista al fin, pasé dos meses en prisión en Santa Pelagia. Después, a propósito del baile que se nos prohibía, opiné de mi jefe, grave y largamente, usted entiende, pues la Iglesia estaba interesada en ese asunto; no pude contenerme y recaí en el panfleto. Acusado, perseguido, mi inocente lenguaje y mi hablar tímido encontraron apenas gracia; fue censurado por los jueces. En todo lo que se imprime hay veñeno, más o menos diluido según la extensión de la obra, más o menos dañino, mortal. Un grano de acelato de morfina en un cubo se pierde, no se siente; en una taza hace vomitar; en una cucharada mata: he aquí el panfleto.

Pero por otro lado, mi buen amigo sir John Bickerstaff, escudero, me escribió lo que ahora voy a traducirle. Hombre singular, filósofo, tan letrado como nadie podría serlo, gran partidario de la reforma no solamente parlamentaria sino universal, quiere rehacer todos los gobiernos de Europa, de los cuales dice que el mejor no vale nada. Goza en su país de una fortuna honesta. Su tierra no se extiende a más de diez leguas en cualquier dirección, un ingreso de dos o tres millones como máximo, pero se conformaba con eso y vivía en esa dulce mediocridad cuando los ministros, viéndolo como un hombre decidido, de humor fácil, como son los sabios, como era Newton, lo hicieron entrar al parlamento. Apenas llegaba cuando ya atronaba, vociferaba contra los gastos de la corte, la corrupción, las *sinecuras*. Se creyó que quería su parte y los ministros le ofrecieron una plaza que aceptó y una suma que cobró, proporcionada a su fortuna, según el uso de los gobernantes de dar más a quien más tiene. Provisto por estos últimos, regresa a su tierra, reúne a los campesinos, a los labradores y a todos los granjeros del condado, a los que dice: “Recuperé de la manera más afortunada del mundo una parte de lo que se les toma para mantener a los bribones y a los holgazanes de la corte. He aquí el dinero pues quiero hacer una buena restitución. Pero empecemos por los más pobres. Tú, Pedro, ¿cuánto pagaste este año? Tanto; aquí está. Tú, Pablo; ustedes, Isaac y John, ¿su *quota*?”⁵ Y se las cuenta, y así hasta que se acabó. Hecho esto, regresa a Londres donde, tomando posesión de su nuevo empleo, primero quería liberar a toda la gente detenida por delitos de palabras, declaraciones contra los grandes, los ministros, los suizos, y lo hubiera hecho porque su plaza le daba ese poder, si no lo hubieran revocado prontamente.

Desde entonces se puso a viajar y me escribe de Roma:

Deje que digan, déjese censurar, condenar, encarcelar, déjese apresar, pero publique su pensamiento. No es un derecho, es un deber, estricta obligación de cualquiera que tenga un pensamiento, de producirlo y sacarlo a la luz para el bien común.

Deje que digan, déjese censurar, condenar, encarcelar, déjese apresar, pero publique su pensamiento. No es un derecho, es un deber, estricta obligación de cualquiera que tenga un pensamiento, de producirlo y sacarlo a la luz para el bien común.



La broma, la fina burla de Pascal hizo lo que no habían podido los decretos, los edictos: expulsó de todos lados a los jesuitas. Esas hojas tan ligeras aplastaron a la gran corporación. Un panfletista, como quien juega, derriba a ese coloso, temor de los reyes y de los pueblos. La sociedad caída ya no se levantará, cualquiera que sea la ayuda que se le preste, y Pascal sigue siendo grande en la memoria de los hombres, no por sus obras sabias, su ruleta, sus experimentos, sino por sus panfletos, sus cartitas.

La verdad es toda de todos. Lo que usted sabe útil, bueno para que lo sepa cada uno, no lo puede callar con buena conciencia. Jenner, quien encontró la viruela de la vaca, hubiera sido un verdadero malvado si hubiera guardado el secreto una hora; y como no hay hombre que no crea que sus ideas son útiles, no lo hay que no esté obligado a comunicarlas y propagarlas por todos los medios que le sean posibles. Hablar está bien, escribir es mejor, imprimir es una cosa excelente. Un pensamiento deducido en términos cortos y claros, con pruebas, documentos, ejemplos, cuando se imprime es un panfleto y es la mejor acción, a menudo valiente, que un hombre pueda hacer en el mundo. Porque si su pensamiento es bueno, se saca provecho; si es malo, se corrige y se saca también provecho. Pero el abuso... qué tontería es esta palabra. Los que la inventaron son quienes verdaderamente abusan de la prensa imprimiendo lo que quieren, engañando, calumniando e impidiendo responder. Cuando gritan contra los panfletos, periódicos, folletos, tienen sus razones admirables. Yo tengo las mías y quisiera que se hiciera más: ¡que cada quien publicara todo lo que piensa y sabe! Los jesuitas también gritaban contra Pascal y lo hubieran llamado panfletista, pero la palabra no existía aún; lo llamaban ascua del infierno, la misma cosa en estilo mojigato. Eso significa siempre un hombre que dice la verdad y se hace escuchar. Respondieron a sus panfletos primero con otros, sin éxito, después con órdenes de encarcelamiento con el sello real con las que lograron más. Era entonces ésta la respuesta que daban habitualmente a los panfletos la gente poderosa y los jesuitas.

Oyéndolos, sin embargo, era poca cosa, despreciaban las *cartitas*, miserables payasadas, capaces cuando mucho de divertir un momento mediante la murmuración, el escándalo; escritos sin ningún valor, sin fondo, ni consistencia, ni sustancia, como se dice ahora, leídos en la mañana, olvidados en la noche; en resumen, indignos de él, un hombre tal, ¡de un sabio! El autor se deshonoraba empleando así su tiempo y sus talentos, escribiendo hojas, no libros, y volviendo todo broma en vez de razonar gravemente; era ése el reproche que le hacían, vieja y acostumbrada rencilla de quien no tiene de su lado a los risueños. ¿Qué sucedió? la broma, la fina burla de Pascal hizo lo que no habían podido los decretos, los edictos: expulsó de todos lados a los jesuitas. Esas hojas tan ligeras aplastaron a la gran corporación. Un panfletista, como quien juega, derriba a ese coloso, temor de los reyes y de los pueblos. La sociedad caída ya no se levantará, cualquiera que sea la ayuda que se le preste, y Pascal sigue siendo grande en la memoria de los hombres, no por sus obras sabias, su ruleta, sus experimentos, sino por sus panfletos, sus *cartitas*.

No fueron las Tusculanas las que hicieron el nombre de Cicerón, sino sus arengas, verdaderos panfletos. Aparecieron en hojas sueltas, no, enrolladas en una varita, a la manera de entonces, e incluso la mayoría y las más bellas no fueron nunca pronunciadas. Su *Catón* ¿qué era sino un panfleto contra César, quien respondió muy bien, así como sabía hacerlo, como un

hombre de ingenio, digno de ser escuchado, aun después de Cicerón? Otro más tarde, feroz, y no teniendo de César ni la pluma ni la espada, maltratado en alguna otra hoja, como respuesta mandó matar al panfletista romano. Proscripción, persecución, recompensa ordinaria para aquellos pocos que se aventuran a decir lo que cada uno piensa. Asimismo, antes que él había perecido el gran panfletista de Grecia, Demóstenes, cuyas filípicas siguieron siendo modelo del género. Mal entendidas y por poca gente en una asamblea, si las hubiera pronunciado solamente, habrían producido poco efecto; pero escritas eran leídas, y esos panfletos, según la opinión misma del macedonio, le daban más problemas que las armas de Atenas que sucumbiendo al fin perdió a Demóstenes y la libertad.

Feliz América en nuestros días, y Franklin que vio a su país libre, habiendo ayudado más que ningún otro a libertarla con su famoso *Buen sentido*, folleto de dos hojas. Nunca un libro ni un grueso volumen hizo tanto por el género humano. Porque en los comienzos de la insurrección americana todos esos estados, ciudades, pueblos estaban divididos en sus sentimientos: unos apegados a Inglaterra, fieles, no sin razón, al poder legítimo; otros recelaban no poder sustraerse a él, y temían perder todo intentando lo imposible; algunos hablaban de arreglo, dispuestos a conformarse con una modesta libertad, de una Carta otorgada, aunque tuviera que ser modificada pronto, suspendida; pocos se atrevían a esperar un resultado afortunado de voluntades tan discordantes. Se vio en este estado de cosas lo que puede la palabra escrita en un país en donde todo el mundo lee, poder nuevo y bien diferente que el de la tribuna. Algunas palabras de una arenga son recogidas por casualidad por alguno, pero la prensa habla a todo un pueblo, a todos los pueblos a la vez, cuando leen como en América y del impreso nada se pierde. Franklin escribió su *Buen sentido* y reunió a todos los espíritus en el partido de la independencia, decidió esta gran guerra que, terminada allá, continúa en el resto del mundo.

Fue un sabio. ¿Quién lo sabría si no hubiera escrito más que de su ciencia? Hable a los hombres de sus asuntos y del asunto del momento, y sea entendido por todos, si quiere tener un nombre. Haga panfletos como Pascal, Franklin, Cicerón, Demóstenes, como san Pablo y san Basilio; porque, en efecto, olvidaba a estos últimos, grandes hombres cuyos opúsculos, desengañando al pueblo pagano de la religión de sus padres, abolieron una parte de las antiguas supersticiones e hicieron naciones nuevas. En todo tiempo los panfletos cambiaron la faz del mundo. Sembraron con los ingleses esos principios de tolerancia que llevó Penn a América, y ésta debe a Franklin su libertad mantenida por los mismos medios por los que fue adquirida: panfletos, periódicos, publicidad. Ahí todo se imprime, nada de lo que importa a cada uno es secreto. La prensa ahí es más libre que la palabra en otros lados, y se abusa menos de ella. ¿Por qué? Es porque se usa de ella sin ningún impedimento, y porque una falsedad, de cualquier lado que venga, es pronto desmentida por los interesados a quienes nada obliga a callar.

Feliz América en nuestros días, y Franklin que vio a su país libre, habiendo ayudado más que ningún otro a libertarla con su famoso Buen sentido, folleto de dos hojas. Nunca un libro ni un grueso volumen hizo tanto por el género humano.



No es fácil encerrar en pocas palabras mucho sentido. ¡Oh! ¡Cuán rara es una página llena en los libros! ¡Y cuán poca gente puede escribir diez sin decir tonterías! La más mínima página de Pascal era más difícil de hacer que toda la Enciclopedia.



No se tiene miramientos por ninguna impostura, aunque sea ésta oficial, ninguna habladuría podría subsistir, el público no es engañado al no haber nadie con el poder de mentir y de imponer silencio a todo contradictor. La prensa no hace ahí ningún mal. ¿Y... cuántos impide? Corresponde a usted decirlo cuando haya contado en su país todos los abusos. Aparecen pocos volúmenes, libros gruesos ninguno, y sin embargo todo el mundo lee; es el único pueblo que lee, y también el único instruido de lo que hay que saber para no obedecer más que a las leyes. Las hojas impresas que circulan cada día en un número infinito, hacen una enseñanza mutua para toda edad. Porque casi todo el mundo escribe en los periódicos, pero sin ligereza: nada de frases picantes, de giros ingeniosos; la expresión clara y neta basta a esa gente. Ya sea que se trate de una reforma en el estado, de un peligro, de una coalición de potencias de Europa contra la libertad, o del mejor terreno para sembrar los nabos, el estilo no difiere, y la cosa está bien dicha puesto que cada uno la entiende, y mucho mejor si está dicha brevemente, mérito no común ¿sabe usted?: no es fácil encerrar en pocas palabras mucho sentido. ¡Oh! ¡Cuán rara es una página llena en los libros! ¡Y cuán poca gente puede escribir diez sin decir tonterías! La más mínima página de Pascal era más difícil de hacer que toda la *Enciclopedia*. Nuestros americanos, sin tal vez haber pensando nunca en eso, pero con ese buen sentido de Franklin que los guía, breves en todos sus escritos, parcios en palabras, hacen los menos libros que pueden, y no publican casi sus ideas si no es en panfletos, los periódicos que, corrigiéndose uno al otro, llevan a toda invención, a todo pensamiento nuevo a su perfección. Un hombre, si imagina o descubre algo interesante para el público, no hará de él una gran obra con su nombre en letras grandes: por el Señor... de la Academia, sino un artículo de periódico o cuando mucho un folleto. Y fíjese en esto al pasar, mal entendido por ésos que en su país se ponen a escribir: no hay buen pensamiento que no pueda ser explicado y desarrollado suficientemente en una hoja; quien se extiende más, a menudo casi no se entiende, o le falta tiempo, como dice el otro, para meditar y hacerlo corto.

De tal suerte, en América, sin saber lo que es un escritor o un autor, se escribe, se imprime, se lee tanto o más que en ningún otro lugar, y cosas útiles porque hay ahí verdaderamente asuntos públicos, de los cuales el público se ocupa con pleno conocimiento, sobre los cuales cada uno, consultado, opina y da su parecer. La nación, como si estuviera siempre reunida, recoge las voces y no deja de deliberar sobre cada punto de interés común y forma sus resoluciones de la opinión que prevalece en el pueblo, en el pueblo entero, sin ninguna excepción: es ése el buen sentido de Franklin. Entonces no comete equivocaciones y se burla de los gabinetes, e incluso tal vez de los salones.

Semejantes ideas en nuestro país de salones creo que no tendrían éxito con las damas. Esta forma de gobierno se adapta mal a los panfletos y a la verdad simple. Por más que se hablara de buen sentido, alegar la opinión pública a la señorita

de Pisseleu, a la señorita Poisson, a la señora del B..., a la señora del C...⁶ Se echarían a reír esas amables personas que en su país están en posición de gobernar el estado, y después harían encerrar al buen sentido y a Franklin y a la opinión. ¡Encantadores franceses! Bajo el imperio de la belleza, de las gracias, son ustedes un pueblo cortesano, ahora más que nunca. Por obra de la Revolución, Versalles se fundió en la nación; París se convirtió en el tragaluz. Todo el mundo en Francia hace su corte. Es su arte, el arte de gustar del que hacen escuela; es el genio de su nación. El inglés navega, el árabe saquea, el griego lucha por ser libre, el francés hace la reverencia y sirve o quiere servir, morirá si no sirve. Son ustedes no el más esclavo sino el más lacayo de todos los pueblos.

Es en ese espíritu de servidumbre que en su país cada quien tiene miedo de ser llamado panfletista. A los amos no les gusta que se hable al público de ellos, ni de ninguna otra cosa, tontería de Rovigo que, buscando un empleo, hace, en lugar de una petición, un panfleto,⁷ donde por más que dice: *Como he servido, serviré*, no sólo no lo escuchan, helo aquí sin empleo. El vizconde panfletista está colocado, pero ¿cómo? Los que lo pusieron y lo mantienen ahí no lo quisieran en sus casas. Se necesita gente discreta en la alta servidumbre, como en todo servicio, y no hay peor sirviente que el que razona; piense entonces si imprime, ¡y más aún folletos! Cuando el señor de Broë lo llamó a usted panfletista, era como si le hubiera dicho: "Desgraciado, que no tendrás jamás ni puestos ni prendas; miserable, no estarás en ninguna antecámara, en tu vida no obtendrás ningún favor, ninguna gracia, ninguna sonrisa oficial ni una mirada augusta." Eso lo hizo estremecerse y fue causa de que se alejaran de usted cuando oyeron esa palabra.

En Francia son todos ustedes gente honesta que quiere gobernar al pueblo con la moral y con la religión. Para gobernarlo sabemos bien que no hay que decirle la verdad. La verdad es popular, incluso se podría decir vulgar, y huele del todo a la chusma que es la antípoda de la gente bien, diametralmente opuesta al tono de la buena compañía. Así el verdadero autor de una hoja o folleto un poco leído tiene contra sí necesariamente a todo lo que no quiere ser pueblo, es decir, a todo el mundo en su país. Cada uno lo desaprueba, reniega de él. Sin embargo, si aún encontramos algunos, por gracia divina, es porque resulta necesario que haya escándalo. ¡Pero infeliz de aquél por quien el escándalo llega, quien sobre algún tema importante y de interés general dice al público la verdad! En Francia, excomulgado, maldecido, encerrado por gracia en Santa Pelagia, más le valdría no haber nacido.

Pero es eso lo que da crédito a sus palabras: la persecución. Ninguna verdad se establece sin mártires, excepto las que enseña Euclides. No se puede persuadir más que sufriendo por sus opiniones, y san Pablo decía: "Créanme, porque estoy a menudo en prisión." Si hubiera vivido confortablemente y se hubiera enriquecido con el dogma que predicaba, jamás hubiera fundado la religión de Cristo. F...⁸ no hará de sus homilias más

Es eso lo que da crédito a sus palabras: la persecución. Ninguna verdad se establece sin mártires, excepto las que enseña Euclides. No se puede persuadir más que sufriendo por sus opiniones, y san Pablo decía: "Créanme, porque estoy a menudo en prisión."



El francés ligero no hace caso sino de los pesados volúmenes, el gran inglés quiere poner todo en hojas sueltas; contraste singular, ¡rareza de la naturaleza!

que empleos y una carroza. Entonces, tú, viticultor, Paul-Louis, único en tu país que consiente en ser hombre del pueblo, y se atreve aun a ser panfletista y a declararlo en voz alta. Escribe, haz panfleto tras panfleto, en tanto que no te falte el material. Sube sobre los techos, predica el Evangelio a las naciones, y serás escuchado, si te ven perseguido. Porque te hace falta esta ayuda, y no harás nada sin el señor de Broë. A ti te corresponde hablar y a él demostrar con su acusación la verdad de tus palabras. Entendiéndose así y secundándose el uno al otro, como Sócrates y Anytus, ustedes pueden cambiar al mundo.

He aquí la epístola que recibo de mi tan buen amigo sir John, quien de los panfletos piensa y me aconseja lo contrario que el señor Arthus Bertrand. Éste no ve nada tan abominable, el otro nada tan bello. ¡Qué diferencia! Y fíjese: el francés ligero no hace caso sino de los pesados volúmenes, el gran inglés quiere poner todo en hojas sueltas; contraste singular, ¡rareza de la naturaleza! Si pudiera contar con que al otro lado del océano las cosas son tal como él me las representa, iría; pero oigo decir que allá, como en Europa, hay excelencias y aun peor, héroes. No partamos, amigos míos, no nos vayamos aún allá. Tal vez, si Dios nos ayuda, tengamos aquí la misma libertad, después de todo, que en otras partes, diga lo que diga sir John. ¡Buen hombre en verdad! Temo que exagere, creyéndome hecho para imitar a Sócrates hasta el fin. No, *desvié ese cáliz*,⁹ la cicuta es amarga y el mundo de por sí cambia bastante sin que yo, tan endeble, me entrometa. Yo sería la mosca del cerdo que podría prescindir de mi zumbido. El mundo va, queridos amigos, y no deja de ir. Si su marcha nos parece lenta es porque vivimos un instante. Pero ¡cuánto camino ha recorrido desde hace cinco o seis siglos! En este momento, en pleno rodar, nada lo puede detener.

Notas

* La edición original del *Panfleto de panfletos* se imprimió en París, en la editorial F.P. Hardy, 1824, in-8º de 31 páginas.

¹ Duroc, duque de Frioul (1772-1813), ayudante de campo de Bonaparte, con el cual estuvo ligado hasta su muerte. Se convirtió en general de división, gran mariscal del palacio y senador. El rey Luis Felipe hizo transportar sus restos a Los Inválidos, al lado de los del emperador, que lo amó particularmente.

² Esa casa estaba situada en París, en la calle Chantereine, hoy calle de la Victoria. Bonaparte la había comprado a Talma antes de la campaña de Italia. A su regreso se instaló ahí con Josefina. Fue allí donde se preparó *El 18 brumario*.

³ General de división y hombre político (1774-1833), ayudante de campo de Bonaparte, se convirtió en embajador en Rusia después de la paz de Tilsitt. Convertido en duque de Rovigo (1808), Savary reemplazó a Fouché en el Ministerio de la Policía (del 3 de junio de 1810 al 3 de abril de 1814).

⁴ Es decir, Despercy, llamado más tarde por ironía el abad Franchet, porque se vio mezclado en intrigas eclesiásticas. En diciembre de 1821, durante la formación del ministerio de Villèle, fue nombrado director general de la policía del reino. Su administración fue una verdadera inquisición. Instrumento servicial de las congregaciones religiosas, conservó, según dicen, funciones ocultas, aun cuando el ministro de Martignac, que

sucedió al del señor de Villèle en 1828, prescindió de sus servicios oficiales.

⁵ Sustantivo femenino. Littré, en su *Diccionario de la lengua francesa*, no cita sino dos ejemplos extraídos de Courier. Es un arcaísmo de la palabra cuota que, en términos de administración, significa parte impuesta a cada contribuyente (cuota mobiliaria, cuota de bienes raíces, etcétera).

⁶ Es decir, la condesa del Cayla, favorita de Luis XVIII.

⁷ Alusión al extracto de las memorias que Savary, duque de Rovigo, publicó en 1823 sobre la ejecución del duque de Enghien, en la cual había tomado parte como coronel de los gendarmes de élite del primer cónsul.

⁸ Courier quiere hablar aquí de Frayssinous, obispo de Hermópolis, ministro de la instrucción pública bajo la Restauración.

⁹ Palabras tomadas del Evangelio según san Mateo (cap. XXVI, versículo 39): “*Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste...*”

La cultura de los estudios culturales

Alan Wolfe

Tomado de *Partisan Review* 3, vol. LXIII, núm. 3, Boston University, 1996, pp. 485-493. Traducción de Marie Alsace Galindo Roel.

Los estudios culturales, que siguen la teoría literaria francesa y el nuevo historicismo, han invadido las facultades de humanidades de Estados Unidos. Inspirados principalmente por escritores británicos como Raymond Williams, Richard Hoggart y Stuart Hall, examinan los modos en los que la cultura popular da forma a la percepción que la gente común tiene del mundo, y cómo ésta aporta herramientas de “resistencia” contra las jerarquías del capitalismo avanzado. A pesar de tomar elementos de los pensadores continentales, especialmente Pierre Bourdieu y Michel Foucault —sin mencionar a los teóricos de la escuela de Frankfurt— al ser comparados con la lógica determinista del postestructuralismo, los estudios culturales son frescamente humanísticos. Son menos pomposos y en ocasiones hasta muestran tener sentido del humor y reconocen la importancia de escribir de una forma accesible para los legos.

El surgimiento de los estudios culturales es una reacción entre quienes están metidos en la política contra el derrotismo inherente al postestructuralismo. Los practicantes de la alta teoría dentro de la izquierda académica tienden a ser elitistas; como profesionistas especializados tienden al profesionalismo académico y a la especulación viciada. En contraste, los adeptos a los estudios culturales son populistas, y se les encuentra en las universidades de menor prestigio. Están comprometidos no con el seminario didáctico, sino con

